

Te encontré

Bianca Rosales

Después de tantos años, por fin había llegado el día en que me reencontraría con mi padre; estaba llena de emociones: coraje, odio, rencor, pero más que nada felicidad. Mis memorias de él ya se estaban desvaneciendo; no había sabido nada de él desde que tenía tres años cuando mis padres se separaron. En ocasiones, le había preguntado a mi mamá sobre mi padre, si sabía dónde vivía, si se habían comunicado alguna vez después de la separación, si sabía algo, cualquier cosa, pero la respuesta siempre era “no”.

Llegamos primero a Tlaltenango, Zacatecas donde nos refugiamos con mi abuelita, la mamá de mi padrastro. Un tío nos ayudó a buscar “El Durazno”, rancho donde podría estar mi papá. Tres días después fuimos. Estos tres días de espera fueron los más largos de mi vida; la noche antes de ir no pude ni dormir. En el gran día ya estaba lista para la seis de la mañana, aunque todos aun dormían. Fuimos yo, mi padrastro y un tío a buscar este lugar. Mientras mi padrastro manejaba, me decía que si lo encontrábamos no le reclamara nada ni hiciera reproches de los años que estuvo ausente, y me insistió: “Recuerda que tú eres mi hija, te quiero y nunca te desampararé. Si él no está o no te quiere ver, no te decepciones, yo aquí estoy”. Estas palabras retumbaban en mi mente hasta llegar.

Como es muy pequeño el rancho, preguntamos en una tiendita si conocían a “Bernardo Rosales”. Luego luego me voltearon a ver, y con una sonrisa y los ojos llorosos nos dijeron dónde vivía. Mi tío se quedó en el carro mientras yo y mi padrastro tocamos a la puerta. Abrió una viejita con una falda larga y un rebozo sobre sus hombros. No tuve que decir mi nombre ni a quién buscaba; en seguida me dio un abrazo rompe huesos, y con lágrimas en su rostro, me dio un beso y dijo: “Tu papá va a estar feliz de verte”. Se oían los pasos de alguien correr hacia la puerta y salió un hombre alto, moreno, un poco gordito, con ojos lagrimosos color verde gris. Se paró frente a mí. Yo, desconcertada, estreché la mano para saludarlo; él me tomó la mano y le dio un beso. Luego me abrazó fuertemente y me dijo: “Perdóname, mi’ja”.

Yo estaba anonadada, sin poder responder, sentí lágrimas derramando de mis ojos. Al oír estas palabras, me llegaron mil emociones, todo desde coraje hasta paz y felicidad. Coraje porque me llamó “mi’ja” después de que me había abandonado toda mi niñez. No estuvo ahí para mis cumpleaños, las actividades de la escuela, cuando me monté en bicicleta por primera vez, cuando mudé de dientes, momentos de felicidad, tristeza, y tropiezos que tuve en el transcurso de los años. Aunque era mi padre biológico y siempre soñaba con volverlo a ver, éramos dos extraños en este instante. Al mismo tiempo sentí fluir por mis venas una paz, felicidad y emoción inexplicable. Todo el odio y rencor que había acumulado dentro de mí por los años que estuvo ausente se empezaron a desvanecer. ¡Por fin había encontrado a mi papá!